



www.loqueleo.es

Primera edición publicada en Gran Bretaña por William Collins Sons & Co. Ltd. en 1971.
Esta edición fue publicada por HarperCollins Children's Books en 2008.
HarperCollins Children's Books es una división de HarperCollins Publishers Ltd.,
www.harpercollinschildrensbooks.co.uk

© Del texto e ilustraciones: 1971, Kerr-Kneal Productions.

© Nota de la autora: 2008, Judith Kerr

© De esta edición:

2021, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana
Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

© De la traducción: María Luisa Balseiro

ISBN: 978-84-9122-409-9

Depósito legal: M-22875-2021

Printed in Spain – Impreso en España

Primera edición: octubre de 2021



Las materias primas utilizadas
en la fabricación de este libro son reciclables
y cumplen ampliamente con la normativa
europea de sostenibilidad, economía circular
y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear
algún fragmento de esta obra.

Judith Kerr

*Cuando
Hitler
robó
el conejo
rosa*



loqueleg

*A mis padres,
Julia y Alfred Kerr.*



Capítulo uno

Anna volvía del colegio con Elsbeth, una niña de su clase. Aquel invierno había nevado mucho en Berlín. La nieve no se había derretido; los barrenderos la habían apilado en el borde de las aceras, y allí había permanecido semanas y semanas, en tristes montones que se iban poniendo grises. Ahora, en febrero, empezaba a deshacerse y había charcos por todas partes. Anna y Elsbeth, calzadas con botas de cordones, los iban saltando.

Las dos niñas llevaban abrigos gruesos y gorros de lana para tener abrigadas las orejas, y Anna llevaba además una bufanda. Anna tenía nueve años, pero era bajita para su edad, y los extremos de la bufanda le colgaban casi hasta las rodillas. También le tapaba la boca y la nariz, de modo que lo único que se le veía eran sus ojos verdes y un mechón de pelo oscuro. Se había apresurado porque quería comprar unos lápices de colores en la papelería y ya era casi la hora de comer; pero iba tan sin aliento que se alegró de que Elsbeth se detuviera a mirar un gran cartel rojo.

—Es otro retrato de ese señor —dijo Elsbeth—. Mi hermana la pequeña vio uno ayer y se creyó que era Charlie Chaplin.

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

Anna contempló la mirada fija y la expresión severa. Luego dijo:

—No se parece en nada a Charlie Chaplin, como no sea en el bigote.

Leyeron el nombre que había debajo de la fotografía: «Adolf Hitler».

—Quiere que todo el mundo le vote en las elecciones, y entonces les parará los pies a los judíos —dijo Elsbeth—. ¿Tú crees que le parará los pies a Rachel Lowenstein?

—A Rachel Lowenstein no la puede parar nadie —respondió Anna—. Es capitana de su clase. A lo mejor me para los pies a mí. Yo también soy judía.

—¡Tú no!

—¡Claro que sí! Mi padre nos estuvo hablando de eso la semana pasada. Dijo que éramos judíos y que, pasara lo que pasara, mi hermano y yo no debíamos olvidarlo nunca.

—Pero vosotros no vais a una iglesia especial los sábados, como Rachel Lowenstein.

—Eso es porque no somos religiosos. No vamos a ninguna iglesia.

—Pues a mí me gustaría que mi padre no fuera religioso —dijo Elsbeth—. Nosotros tenemos que ir todos los domingos, y a mí me dan calambres de estar sentada.

Elsbeth miró a Anna con curiosidad.

—Yo creí que los judíos tenían la nariz ganchuda, pero tú la tienes normal. ¿Tu hermano tiene la nariz ganchuda?

—No —dijo Anna—. La única persona que hay en casa con la nariz ganchuda es Bertha, la criada, y se le quedó así porque se la rompió al caerse del tranvía.

CAPÍTULO UNO

Elsbeth empezaba a impacientarse.

—Pues, entonces —dijo—, si por fuera sois como todo el mundo y no vais a una iglesia especial, ¿cómo sabéis que *sois* judíos? ¿Cómo podéis estar seguros?

Hubo una pausa.

—Supongo... —empezó Anna—, supongo que será porque mi padre y mi madre lo son, y supongo que sus padres y sus madres también lo serían. A mí nunca se me había ocurrido pensarlo, hasta que papá empezó a hablar de eso la semana pasada.

—¡Pues es una tontería! —dijo Elsbeth—. ¡Todo son tonterías, lo de Adolf Hitler, lo de que la gente sea judía y todo lo demás! —Echó a correr y Anna la siguió.

No se pararon hasta llegar a la papelería. Allí había alguien hablando con el hombre del mostrador, y a Anna se le cayó el alma a los pies cuando vio que era *fraulein* Lambeck, que vivía cerca de su casa. *Fraulein* Lambeck estaba poniendo cara de oveja y diciendo: «¡Tiempos terribles, tiempos terribles!». Cada vez que decía «tiempos terribles» meneaba la cabeza y le bailoteaban los pendientes.

El hombre de la papelería dijo: «1931 ya fue malo, 1932 fue peor, pero, fíjese en lo que le digo, 1933 será peor que ninguno». Luego vio a Anna y a Elsbeth y preguntó: «¿En qué puedo servirlos, pequeñas?».

Anna estaba a punto de decirle que quería comprar unos lápices de colores cuando *fraulein* Lambeck la descubrió.

—¡Si es Anna! —exclamó *fraulein* Lambeck—. ¿Cómo estás, Anna? ¿Y cómo está tu papá? ¡Qué hombre tan maravilloso! Yo leo todo lo que escribe. Tengo todos sus libros

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

y siempre le oigo por la radio. Pero esta semana no ha escrito nada en el periódico..., espero que no sea porque esté enfermo. Estará dando conferencias por ahí fuera. ¡Ay, nos hace mucha falta en estos tiempos terribles!

Anna esperó a que *fraulein* Lambeck acabase, y luego dijo:
—Tiene la gripe.

Eso dio lugar a otro alboroto. Cualquiera habría pensado que la persona más próxima y querida de *fraulein* Lambeck se hallaba a las puertas de la muerte. *Fraulein* Lambeck sacudió la cabeza hasta que sus pendientes repiquetearon, sugirió remedios, recomendó médicos: no dejó de hablar hasta que Anna le hubo prometido que le transmitiría a su padre sus mejores deseos de pronta curación. Luego, ya desde la puerta, se volvió y dijo:

—No le digas que con los mejores deseos de *fraulein* Lambeck, Anna; ¡dile que de una admiradora!

Y por fin desapareció.

Anna no tardó nada en comprar sus lápices. Luego, ella y Elsbeth se quedaron paradas delante de la papelería, en medio del viento frío. Allí era donde normalmente se separaban, pero Elsbeth remoloneó. Hacía mucho tiempo que quería hacerle a Anna una pregunta, y aquel parecía buen momento.

—Anna —dijo Elsbeth—, ¿es bonito tener un padre famoso?

—Cuando te encuentras a alguien como *fraulein* Lambeck, no —repuso Anna, poniendo rumbo a casa distraídamente mientras Elsbeth la seguía, igual de distraídamente.

—No, pero ¿aparte de *fraulein* Lambeck?

—Yo creo que es muy bonito. Entre otras cosas porque papá trabaja en casa, así que le vemos mucho. Y a veces nos

CAPÍTULO UNO

dan entradas gratis para el teatro. Y una vez nos entrevistaron para un periódico, y nos preguntaron qué libros nos gustaban, y mi hermano dijo que los de Zane Grey, ¡y al día siguiente le mandaron una colección entera de regalo!

—Ojalá mi padre fuera famoso —dijo Elsbeth—. Pero no creo que llegue a serlo nunca, porque trabaja en Correos, y no es el tipo de cosa que le hace a uno famoso.

—Si tu padre no llega a ser famoso, a lo mejor tú sí. Una de las pegas de tener un padre famoso es que casi nunca llega a serlo uno mismo.

—¿Por qué no?

—No sé. Pero casi nunca se oye de una misma familia donde haya habido dos personas famosas. Eso me pone triste a veces.

Y Anna suspiró.

Estaban ya junto a la verja pintada de blanco de la casa de Anna. Elsbeth intentaba febrilmente pensar en algo por lo que ella pudiera ser famosa cuando Heimpi, que las había visto por la ventana, abrió la puerta de entrada.

—¡Dios mío! —exclamó Elsbeth—, ¡hoy llego tarde a comer!

Y salió corriendo calle arriba.

—Tú y esa Elsbeth —gruñó Heimpi mientras Anna se metía en casa—. ¡Se os va a caer la lengua de tanto moverla!

Heimpi se llamaba en realidad *fraulein* Hempel, y había cuidado de Anna y de su hermano desde que nacieron. Ahora que ya eran mayores se ocupaba de las tareas de la casa mientras ellos estaban en el colegio, pero le gustaba mimarlos cuando volvían.

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

—Vamos a quitarte todo esto —dijo, desenrollando la bufanda—. Pareces un paquete mal atado.

Mientras Heimpi le quitaba cosas de encima, Anna oyó que en el cuarto de estar sonaba el piano. De modo que mamá estaba en casa.

—¿Seguro que no traes los pies mojados? —preguntó Heimpi—. Entonces, date prisa y ve a lavarte las manos. Ya casi está lista la comida.

Anna subió la escalera alfombrada. Entraba el sol por la ventana y afuera, en el jardín, se veían todavía algunas manchas de nieve. De la cocina subía olor a pollo. Daba gusto volver a casa del colegio.

Cuando abrió la puerta del cuarto de baño hubo un revuelo dentro, y Anna se encontró frente a su hermano Max, que bajo su pelo rubio tenía la cara colorada como un tomate y escondía algo tras de sí.

—¿Qué pasa? —preguntó Anna, aun antes de descubrir la presencia de Gunther, el amigo de Max, que parecía igualmente azarado.

—¡Ah, si eres tú! —dijo Max, y Gunther añadió, riendo:

—¡Creíamos que era una persona mayor!

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Anna.

—Es una insignia. Hoy hemos tenido una pelea fenomenal en el colegio: los nazis contra los socis.

—¿Y quiénes son los nazis y los socis?

—A tu edad ya deberías saberlo —dijo Max, que acababa de cumplir doce años—. Los nazis son los que van a votar a Hitler en las elecciones. Los socis somos los que vamos a votar en contra.

CAPÍTULO UNO

—Pero si a vosotros no os dejan votar —dijo Anna—. ¡Sois demasiado pequeños!

—Pues nuestros padres —dijo Max enfadado—. Es lo mismo.

—De todos modos, les hemos ganado —dijo Gunther—. ¡Si hubieras visto cómo corrían! Entre Max y yo cogimos a uno y le quitamos la insignia. Pero no sé qué va a decir mi madre cuando me vea los pantalones.

Y al decirlo bajó la vista, compungido, a un gran roto de la tela gastada. El padre de Gunther estaba sin trabajo y en su casa no tenían dinero para comprar ropa nueva.

—No te preocupes, Heimpi te lo arregla —dijo Anna—. ¿Me dejáis ver la insignia?

Era una chapa pequeña de esmalte rojo, con una cruz negra con los brazos doblados.

—Se llama esvástica —dijo Gunther—. Todos los nazis las tienen.

—¿Qué vais a hacer con ella?

Max y Gunther se miraron.

—¿Tú la quieres? —preguntó Max.

Gunther negó con la cabeza.

—Se supone que no debo tratarme con los nazis. Mi madre tiene miedo de que me partan la cabeza.

—No pelean limpio —asintió Max—. Usan palos, piedras y de todo.

Dio la vuelta a la insignia, con repugnancia creciente:

—Pues yo desde luego no la quiero.

—¡Tírala por el váter! —dijo Gunther.

Y así lo hicieron. La primera vez que tiraron de la cadena no se fue para abajo, pero a la segunda, justo en el momento

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

en que sonaba el timbre para ir a comer, desapareció muy satisfactoriamente.

Aún se oía el piano cuando bajaron, pero dejó de sonar mientras Heimpi les llenaba los platos, y al momento siguiente se abrió la puerta y entró mamá.

—¡Hola, niños! ¡Hola, Gunther! —exclamó—. ¿Qué tal el colegio?

Todos empezaron a contarle cosas inmediatamente, y la habitación se llenó de pronto de barullo y risas. La madre de Anna se sabía los nombres de todos los profesores y siempre se acordaba de lo que los niños le habían dicho. Por eso, cuando Max y Gunther le contaron cómo el profesor de geografía se había puesto hecho una furia, dijo:

—¡No me extraña, después de cómo le tratasteis la semana pasada!

Y, cuando Anna le contó que se había leído en clase su redacción, comentó:

—Esto es maravilloso..., porque *fraulein* Schmidt casi nunca lee nada en voz alta, ¿no es cierto?

Cuando escuchaba, miraba a quien estuviese hablando con absoluta atención. Cuando hablaba ponía en ello toda su energía. Todo parecía hacerlo el doble de bien que los demás: hasta sus ojos eran los más azules que Anna había visto.

Estaban empezando el postre, que era pastel de manzana, cuando entró Bertha, la muchacha, para decirle a mamá que llamaban por teléfono y que si debía molestar a papá.

—¡Vaya unas horas de llamar! —exclamó mamá, y corrió la silla para atrás con tanta fuerza que Heimpi tuvo que

CAPÍTULO UNO

echarle mano para que no se volcara—. ¡Que ninguno se atreva a comerse mi parte!

Y salió a toda prisa.

Todo pareció quedar muy silencioso después de que salió mamá, aunque Anna oyó sus pasos apresurados hacia el teléfono y, un poco después, todavía más apresurados escaleras arriba, hacia el cuarto de papá. Anna rompió el silencio para preguntar:

—¿Cómo está papá?

—Mejor —contestó Heimpi—. Le ha bajado un poco la temperatura.

Anna se comió su postre tranquilamente. Max y Gunther repitieron dos veces, y mamá seguía sin volver. Era extraño, porque el pastel de manzana le gustaba especialmente.

Bertha entró a quitar la mesa y Heimpi se llevó a los chicos para ver lo de los pantalones de Gunther.

—Esto no tiene arreglo —dijo—. Si te los coso, se te volverán a abrir en cuanto respire. Pero tengo unos de Max que se le quedaron pequeños y que te van a venir que ni pintados.

Anna se quedó en el comedor sin saber qué hacer. Durante un rato estuvo ayudando a Bertha a retirar los platos sucios, metiéndolos en la antecocina por el ventanillo que daba al comedor. Luego quitaron las migas de la mesa con un cepillito y un recogedor. Después, mientras doblaban el mantel, se acordó de *fraulein* Lambeck y su recado. Esperó a que Bertha tuviese bien cogido el mantel y subió corriendo a la habitación de papá. Dentro se le oía hablar con mamá.

—Papá —dijo Anna, abriendo la puerta—, me encontré con *fraulein* Lambeck...

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

—¡Ahora no, luego! —exclamó mamá—. ¡Estamos hablando!

Estaba sentada en el borde de la cama de papá. Papá estaba recostado sobre las almohadas, un poco pálido. Los dos tenían gesto preocupado.

—Pero, papá, es que me dijo que te dijera...

Mamá se enfadó mucho.

—¡Por lo que más quieras, Anna! —gritó—. ¡No nos interesa oírlo ahora! ¡Márchate!

—Vuelve dentro de un rato —dijo papá con más suavidad. Anna cerró la puerta. ¡Pues vaya! No es que en ningún momento hubiera tenido muchas ganas de dar el absurdo recado de *fraulein* Lambeck, pero se sintió maltratada.

No había nadie en el cuarto de jugar. Afuera se oían voces; probablemente Max y Gunther estarían jugando en el jardín, pero a Anna no le apetecía ir con ellos. Su cartera colgaba de la silla. Desempaquetó sus lápices nuevos y los sacó todos de la caja. Había un rosa bonito y un naranja que estaba bastante bien, pero los azules eran los mejores. Había tres tonos diferentes de azul, todos muy luminosos, y un malva. De repente, a Anna se le ocurrió una idea.

Últimamente había estado haciendo una serie de poemas ilustrados que habían sido muy admirados, lo mismo en casa que en el colegio. Uno de ellos había sido sobre un incendio, otro sobre un terremoto y otro sobre un hombre que se moría, en medio de horribles sufrimientos, tras ser maldecido por un vagabundo. ¿Por qué no intentar ahora un naufragio? Había toda clase de palabras que rimaban con «mar» y para la ilustración podía usar los tres lápices azules nuevos. Cogió papel y empezó.

CAPÍTULO UNO

Pronto estuvo tan enfrascada en lo que estaba haciendo que no notó cómo el temprano anochecer de invierno se iba colando en la habitación, y se sobresaltó cuando Heimpi entró y encendió la luz.

—He hecho pasteles —dijo Heimpi—. ¿Me quieres ayudar a ponerles la cobertura?

—¿Puedo ir antes a enseñarle esto a papá? —preguntó Anna, rellenando el último trocito de mar azul. Heimpi asintió.

Esta vez Anna llamó a la puerta y esperó hasta que papá dijo: «Adelante». Su cuarto tenía un aspecto extraño, porque solo estaba encendida la lámpara de la mesilla, y papá y su cama formaban una isla de luz entre las sombras. Apenas se veía un escritorio, con la máquina de escribir y la montaña de papeles que, como siempre, habían desbordado la mesa hasta caer al suelo. Como papá escribía a menudo hasta muy tarde y no quería molestar a mamá, tenía su cama en su cuarto de trabajo.

Papá no tenía aspecto de estar mejor. Estaba sentado en la cama sin hacer nada, mirando fijamente al frente y con una especie de rigidez en su rostro delgado, pero al ver a Anna sonrió. Ella le enseñó el poema y él lo leyó dos veces de cabo a rabo y dijo que era muy bonito, y elogió también la ilustración. Luego Anna le contó lo de *fraulein* Lambeck, y los dos se rieron. Viéndole ya con un aspecto más normal, Anna le preguntó:

—Papá, ¿de verdad te gusta el poema?

Papá dijo que sí.

—¿No te parece que debería ser más alegre?

—Bueno —contestó papá—, un naufragio no puede ser demasiado alegre.

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

—Mi profesora, *fraulein* Schmidt, dice que debería escribir sobre temas más alegres: sobre la primavera o las flores, por ejemplo.

—¿Y tú quieres escribir sobre la primavera y las flores?

—No —dijo Anna tristemente—. Ahora mismo parece como si no me salieran más que desastres.

Papá esbozó una pequeña sonrisa y dijo que quizá fuese porque estaba a tono con los tiempos.

—Entonces —preguntó Anna con emoción—, ¿tú crees que está bien escribir sobre desastres?

Papá se puso serio inmediatamente.

—¡Claro que sí! —respondió—. Si tú quieres escribir sobre desastres, eso es lo que tienes que hacer. Lo que no se puede hacer es pretender escribir sobre lo que quieren los demás. La única manera de escribir algo bueno es intentar que le guste a uno mismo.

A Anna le animó tanto oír eso que ya iba a preguntarle a papá si él creía que ella podría ser famosa algún día, pero en aquel momento sonó el teléfono que había junto a la cama, sorprendiéndolos a los dos.

La expresión tensa volvió al rostro de papá mientras levantaba el auricular, y era extraño, pensó Anna, que hasta su voz sonase distinta. Le oyó decir: «Sí..., sí...», y algo acerca de Praga, y luego se cansó de escuchar. Pero la conversación acabó enseguida.

—Hale, vete corriendo —dijo papá. Alzó los brazos como para darle un gran abrazo y luego los dejó caer otra vez, diciendo—: Será mejor que no te pegue la gripe.

Anna ayudó a Heimpi a recubrir los pasteles, y luego se los comieron entre Max, Gunther y ella, todos menos tres que

CAPÍTULO UNO

Heimpi metió en una bolsa de papel para que Gunther se los llevara a su madre. Además, había encontrado más ropa vieja de Max que le valía, de modo que Gunther se fue a su casa cargado con un buen paquete.

El resto de la tarde lo pasaron jugando. Max y Anna habían recibido en Navidad una caja de juegos y todavía no se les había pasado el entusiasmo por ellos. Había juegos de damas, ajedrez, parchís, oca, dominó y seis juegos de cartas diferentes, todos metidos en un solo estuche muy bonito. Si se cansaba uno de un juego, se podía jugar a otro. Heimpi fue a sentarse con ellos en el cuarto de jugar mientras remendaba calcetines, y hasta jugó con ellos al parchís. Pareció que había llegado muy pronto la hora de acostarse.

A la mañana siguiente, antes de ir al colegio, Anna entró corriendo en el cuarto de papá para verle. El escritorio estaba ordenado. La cama estaba hecha.

Papá no estaba.



Capítulo dos

Lo primero que se le ocurrió a Anna era tan espantoso que le cortó la respiración. Papá se había puesto peor por la noche. Se lo habían llevado al hospital. Tal vez... Anna salió corriendo a ciegas de la habitación y de repente alguien la sujetó: era Heimpi.

—¡No pasa nada! —dijo Heimpi—. ¡No pasa nada! Tu padre ha salido de viaje.

—¿De viaje? —Anna no lo podía creer—. Pero si está enfermo... Si tiene fiebre...

—Sí, pero ha decidido marcharse de todos modos —dijo Heimpi con firmeza—. Tu madre os lo iba a explicar todo cuando volvierais del colegio. Ahora supongo que habrá que decíroslo ya, y *fraulein* Schmidt te puede esperar sentada.

—¿Qué pasa? ¿No vamos al colegio? —Max apareció en el descansillo, muy esperanzado.

Entonces mamá salió de su habitación. Estaba todavía en bata y parecía cansada.

—No hay necesidad de armar un alboroto —dijo—. Es que os tengo que decir un par de cosas. Heimpi, ¿nos trae un poco de café? Y los niños supongo que no se negarán a tomar algo más de desayuno.

CAPÍTULO DOS

Una vez instalados todos en la antecocina de Heimpi, con café y bollos delante, Anna se sintió mucho mejor e incluso capaz de calcular que no llegaría a la clase de geografía, que le resultaba particularmente antipática.

—Es muy sencillo —dijo mamá—. Papá piensa que Hitler y los nazis podrían ganar las elecciones. Si eso ocurriera, a él no le gustaría vivir en Alemania mientras estuvieran en el poder, y a ninguno de nosotros tampoco.

—¿Porque somos judíos? —preguntó Anna.

—No solo porque seamos judíos. Papá piensa que en ese caso ya no se le permitiría a nadie decir lo que pensara, y él no podría escribir. A los nazis no les gusta que se les lleve la contraria. —Mamá bebió un poco de café y se le animó más la cara—. Por supuesto, puede ser que no suceda nada de eso, y si sucediera probablemente no duraría mucho tiempo: quizá unos seis meses o así. Pero de momento no lo sabemos.

—¿Por qué se ha ido papá tan de repente? —preguntó Max.

—Porque ayer le llamaron por teléfono y le avisaron de que tal vez le quitaran el pasaporte. Así que cogió el tren nocturno a Praga..., que es la manera más rápida de salir de Alemania.

—¿Quién podría quitarle el pasaporte?

—La policía. Hay bastantes nazis en la policía.

—¿Y quién le llamó para avisarle?

Mamá sonrió por primera vez.

—Otro policía. Uno al que papá no había visto nunca..., pero que había leído sus libros y le habían gustado.

Anna y Max tardaron cierto tiempo en digerir todo aquello. Luego Max preguntó:

—¿Pero ahora qué va a pasar?

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

—Bueno —dijo mamá—, solo faltan unos diez días para las elecciones. O bien los nazis las pierden, en cuyo caso papá volverá..., o bien las ganan, en cuyo caso iremos nosotros a reunirnos con él.

—¿En Praga? —preguntó Max.

—No, probablemente en Suiza. Allí hablan alemán..., papá podrá escribir. Lo más probable sería que alquilásemos una casa pequeña y nos quedásemos allí hasta que todo esto se hubiera despejado.

—¿Heimpi también? —preguntó Anna.

—Heimpi también.

Aquello sonaba la mar de emocionante. Anna estaba empezando a imaginárselo: una casa en las montañas..., cabras..., ¿o eran vacas?..., cuando mamá dijo:

—Hay una cosa más.

Se había puesto muy seria.

—Esto es lo más importante de todo —dijo mamá—, y en esto necesitamos que nos ayudéis. Papá no quiere que nadie sepa que se ha ido de Alemania. De modo que no se lo debéis decir a nadie. Si alguien os pregunta por él, tenéis que decir que sigue en cama con la gripe.

—¿Yo ni siquiera se lo puedo decir a Gunther? —preguntó Max.

—No. Ni siquiera a Gunther, ni tampoco a Elsbeth, ni a nadie.

—Bueno —dijo Max—. Pero no va a resultar fácil. Siempre nos están preguntando por él.

—¿Por qué no se lo podemos decir a nadie? —preguntó Anna—. ¿Por qué no quiere papá que nadie lo sepa?

CAPÍTULO DOS

—Mirad —dijo mamá—, os lo he explicado todo lo mejor que puedo. Pero todavía sois pequeños..., no podéis entenderlo todo. Papá cree que los nazis podrían... causarnos alguna molestia si supieran que se ha marchado. Por eso no quiere que habléis de ello. ¿Vais a hacer lo que os pide o no?

Anna dijo que sí, que claro que lo haría.

Luego Heimpi los mandó a los dos al colegio. Anna iba preocupada pensando qué iba a decir si alguien le preguntaba por qué llegaba tarde, pero Max le dijo:

—Diles que mamá se durmió; ¡además, es verdad!

Pero no pareció que nadie se interesara mucho por el asunto. En la clase de gimnasia hicieron salto de altura, y Anna fue quien saltó más alto de toda su clase. Eso la puso tan contenta que durante el resto de la mañana casi se le olvidó que papá estaba en Praga.

Cuando llegó la hora de irse a casa se le vino todo a la memoria, y salió con la esperanza de que Elsbeth no le hiciera preguntas comprometedoras; pero Elsbeth iba pensando en cosas más importantes. Su tía iba a salir con ella aquella tarde para comprarle un yoyó. ¿De qué clase creía Anna que debía elegirlo? ¿Y de qué color? En general funcionaban mejor los de madera, pero Elsbeth había visto uno de color naranja que, aunque era de lata, le había parecido tan bonito que estaba tentada de decidirse por él. Anna solo tuvo que decir «sí» o «no», y, cuando llegó a casa a comer, el día no parecía tan extraordinario como aquella mañana había esperado que fuera.

Ni Anna ni Max tenían que hacer deberes y hacía demasiado frío para salir, de modo que por la tarde se sentaron

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

sobre el radiador del cuarto de jugar y estuvieron mirando por la ventana. El viento hacía retemblar las contraventanas y arrastraba grandes masas de nubes sobre el cielo.

—Podría nevar más —dijo Max.

—Max —dijo Anna—, ¿te hace ilusión que vayamos a Suiza?

—No sé —contestó Max. Echaría de menos tantas cosas: Gunther..., la pandilla con la que jugaba al fútbol..., el colegio... Y continuó—: Supongo que en Suiza iríamos al colegio.

—Claro —dijo Anna—. Yo creo que sería muy divertido.

Casi le daba vergüenza confesarlo, pero cuanto más pensaba en ello más le apetecía ir. Estar en un país extraño, donde todo sería diferente: vivir en una casa diferente, ir a un colegio diferente con niñas diferentes; sentía unas ganas enormes de experimentar todo aquello y, aunque sabía que no estaba bien, no pudo evitar una sonrisa.

—Solo sería por seis meses —dijo, como excusándose—, y estaríamos todos juntos.

Los días siguientes transcurrieron con bastante normalidad. Mamá recibió carta de papá: estaba cómodamente instalado en un hotel de Praga y se encontraba mucho mejor. Estas noticias les alegraron a todos.

Varias personas preguntaron por él, pero se dieron por satisfechas cuando los niños dijeron que tenía la gripe. Había tanta que no era sorprendente. El tiempo seguía siendo muy frío, y todos los charcos que se habían formado con el deshielo se volvieron a helar, pero no nevaba más.

Al fin, la tarde del domingo anterior a las elecciones, el cielo se puso muy oscuro y se abrió de repente para dar paso

CAPÍTULO DOS

a una masa de blanco flotante en ráfagas y remolinos. Anna y Max estaban jugando con los niños Kentner, que vivían en la acera de enfrente. Se pararon a mirar cómo caía la nieve.

—¿Si hubiera empezado un poco antes! —dijo Max—. Para cuando esté lo bastante alta para ir en trineo, ya habrá anochecido.

A las cinco, cuando Anna y Max se iban a casa, había acabado de nevar. Peter y Marianne Kentner los acompañaron a la puerta. Por toda la calle se extendía la nieve, espesa, seca y crujiente, y la luna brillaba sobre ella.

—¿Por qué no vamos con los trineos a deslizarnos a la luz de la luna? —dijo Peter.

—¿Tú crees que nos dejarían?

—Nosotros ya lo hemos hecho antes —dijo Peter, que tenía catorce años—. Ve a preguntarle a tu madre.

Mamá dijo que podían ir, a condición de que no se separaran y estuvieran de vuelta a las siete. Se pusieron la ropa de más abrigo y emprendieron la marcha.

Solo había un paseo de un cuarto de hora hasta el Grunewald, donde una ladera con árboles formaba una pista ideal hasta un lago helado. Muchas otras veces se habían deslizado por allí en trineo, pero siempre de día, con el aire lleno de los gritos de otros niños. Ahora solo se oía el gemido del viento en los árboles, el crujido de la nieve fresca bajo sus pies y el suave roce de los trineos detrás de ellos. Arriba el cielo estaba oscuro, pero el suelo, a la luz de la luna, tenía un brillo azul y las sombras de los árboles lo surcaban como franjas negras.

En lo alto de la cuesta se detuvieron y miraron hacia abajo. No había estado nadie antes que ellos. El sendero de nieve

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

reluciente se extendía, perfecto y sin huellas, hasta la orilla misma del lago.

—¿Quién baja el primero? —preguntó Max.

Fue sin querer, pero de pronto Anna se encontró dando saltitos y diciendo: «¡Oh, por favor, por favor...!». Peter dijo:

—Bueno..., el más pequeño primero.

Eso se refería a ella, porque Marianne tenía diez años.

Anna se sentó en el trineo, se agarró a la cuerda del timón, respiró hondo y arrancó. El trineo empezó a moverse, bastante despacio, por la ladera abajo.

—¡Venga! —gritaron los chicos detrás de ella—. ¡Dale otro empujón!

Pero ella no se lo dio. Sin quitar los pies de los patines, dejó que el trineo cogiera velocidad poco a poco. En torno a él se alzaba la nieve pulverizada. Los árboles pasaban a los lados, despacio al principio, luego cada vez más deprisa. La luz de la luna brincaba alrededor, hasta que a Anna le pareció ir volando a través de una masa de plata. Luego el trineo tropezó con el escalón que había al final de la cuesta, pasó como una exhalación por encima de él y aterrizó en una mancha de luna sobre el lago helado. Fue precioso.

Los demás bajaron detrás de ella, dando voces y gritos.

Bajaron la cuesta de cabeza y boca abajo, dándoles la nieve directamente en la cara. Bajaron con los pies delante y boca arriba, con las copas negras de los abetos precipitándose sobre ellos. Se apiñaron todos juntos en un solo trineo y bajaron tan deprisa que casi acabaron en mitad del lago. Después de cada descenso volvían a subir la cuesta, jadeando y arrastrando los trineos tras ellos. A pesar del frío, se cocían dentro de sus jerséis.

CAPÍTULO DOS

Entonces empezó a nevar otra vez. Al principio casi no se dieron cuenta, pero después se levantó viento y les sopló nieve a la cara. De pronto Max se detuvo cuando ya había arrastrado su trineo hasta la mitad de la cuesta, y dijo:

—¿Qué hora es? ¿No deberíamos volver ya?

Nadie tenía reloj, y de repente cayeron en la cuenta de que no tenían ni idea de cuánto tiempo llevaban allí. Tal vez fuera ya muy tarde y sus padres los estuvieran esperando en casa.

—Andando —dijo Peter—. Será mejor que nos demos prisa.

Se quitó los guantes y los sacudió uno contra otro para hacer caer los grumos de nieve. Tenía las manos rojas de frío. También Anna, y por primera vez se fijó en que sentía los pies congelados.

A la vuelta hacía un frío terrible. Se les colaba el viento a través de la ropa húmeda y con la luna oculta detrás de las nubes el camino aparecía oscuro delante de ellos. Anna se alegró cuando salieron de los árboles y cogieron la carretera. Enseguida hubo farolas, casas con las ventanas iluminadas, tiendas. Ya casi estaban en casa.

Un reloj que vieron iluminado les indicó la hora: después de todo, no eran aún las siete. Exhalaban suspiros de alivio y frenaron el paso. Max y Peter empezaron a hablar de fútbol. Marianne ató juntos dos trineos y se adelantó a la carrera por la calle vacía, dejando sobre la nieve una red de huellas entrecruzadas. Anna se quedó rezagada porque le dolían sus pies fríos.

Vio a los chicos pararse delante de su casa, charlando todavía y esperándola, y ya iba a alcanzarlos cuando oyó chirriar una verja. Algo se movió a su lado y de repente una figura informe se perfiló cerca de ella. Por un instante Anna

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

se asustó mucho, pero luego vio que no era más que *fraulein* Lambeck, enfundada en una especie de capa peluda y con una carta en la mano.

—¡Anna! —exclamó *fraulein* Lambeck—. ¡Mira que encontrarte en la oscuridad de la noche! Iba al buzón, pero no esperaba encontrarme con nadie. ¿Y cómo está tu papá?

—Está con gripe —contestó Anna automáticamente.

Fraulein Lambeck se paró en seco.

—¿Todavía tiene la gripe, Anna? Hace ya una semana que me dijiste que estaba con gripe.

—Sí —dijo Anna.

—¿Y sigue en la cama? ¿Todavía tiene fiebre?

—Sí —dijo Anna.

—¡Ay, pobre! —Y *fraulein* Lambeck puso una mano sobre el hombro de Anna—. ¿Le están atendiendo bien? ¿Viene el médico a verle?

—Sí —dijo Anna.

—¿Y qué dice el médico?

—Dice... No sé —contestó Anna.

Fraulein Lambeck se inclinó con gesto confidencial y la miró a la cara.

—Dime, Anna —dijo—: ¿Cuánta fiebre tiene tu papá?

—¡No lo sé! —gritó Anna, y la voz no le salió como había querido, sino como una especie de gritito—. ¡Lo siento, pero me tengo que ir a casa!

Y echó a correr todo lo de prisa que pudo hacia Max y la puerta abierta.

—¿Qué te pasa? —le dijo Heimpi en el vestíbulo—. ¿Te han disparado por un cañón?

CAPÍTULO DOS

Anna vio a mamá por la puerta entornada del salón.

—¡Mamá! —gritó—, ¡no me gusta tener que mentirle a todo el mundo sobre papá! ¡Es horrible! ¡No quiero hacerlo!

Entonces vio que mamá no estaba sola. Al otro extremo de la habitación estaba el tío Julius (que en realidad no era tío, sino un viejo amigo de papá), sentado en un sillón.

—Cálmate —dijo mamá muy secamente—. A ninguno nos gusta mentir sobre papá, pero ahora mismo es necesario. ¡No os pediría que lo hicierais si no lo fuera!

—La pilló *fraulein* Lambeck —dijo Max, que había entrado detrás de Anna en el salón—. ¿Conoces a *fraulein* Lambeck? Es temible. ¡No hay manera de contestar a sus preguntas, ni siquiera diciendo la verdad!

—Pobre Anna —dijo el tío Julius con su vocecilla aguda. Era un hombre delgado y de modales suaves, y todos le tenían un gran cariño—. Vuestro padre me encargó que os dijera que os echa de menos a los dos y os envía muchos abrazos.

—¿Es que le has visto? —preguntó Anna.

—El tío Julius acaba de volver de Praga —dijo mamá—. Papá está muy bien y quiere que nos reunamos con él en Zúrich, en Suiza, el domingo.

—¿El domingo? —dijo Max—. Pero entonces falta solo una semana. Ese es el día de las elecciones. ¡Yo creía que íbamos a esperar a ver quién las ganaba!

—Tu padre ha decidido que es mejor no esperar. —El tío Julius sonrió a mamá—. De veras, creo que se está tomando todo esto demasiado en serio.

—¿Por qué? —preguntó Max—. ¿Qué es lo que le preocupa? Mamá suspiró.

CUANDO HITLER ROBÓ EL CONEJO ROSA

—Desde que papá se enteró de que pensaban quitarle el pasaporte, le preocupa que intenten quitarnos los nuestros; entonces no podríamos salir de Alemania.

—Pero ¿por qué iban a hacerlo? —preguntó Max—. Si los nazis no nos tienen simpatía, lo lógico es que se alegren de perdernos de vista.

—Exactamente —dijo el tío Julius, y volvió a sonreír a mamá—. Tu marido es un hombre maravilloso, dotado de una imaginación maravillosa, pero en este asunto, francamente, creo que ha perdido la cabeza. En fin, pasaréis unas vacaciones estupendas en Suiza y cuando dentro de unas semanas volváis a Berlín nos iremos todos juntos al zoo. —El tío Julius era naturalista y se pasaba la vida yendo al zoo—. Avisadme si puedo echar una mano en los preparativos. Volveré a veros, por supuesto.

Besó la mano de mamá y se marchó.

—¿De veras nos vamos el domingo? —preguntó Anna.

—El sábado —dijo mamá—. Hay mucho camino de aquí a Suiza. Tendremos que parar en Stuttgart para pasar la noche.

—¡Entonces esta es nuestra última semana de colegio! —dijo Max.

Parecía increíble.